

Golfo de México se avistaba en nuestro puerto de Veracruz.

El 22 de Diciembre de 1861 desembarcaron en Veracruz las tropas españolas al mando del General Prim, el mismo que más tarde iba á hacer rey de España al duque de Aosta, hijo de Víctor Manuel, rey de Italia.

Poco despues llegaron las otras dos escuadras y las tropas de las tres potencias aliadas quedaron bajo el mando del General Prim.

Empero la Convención de Lóndres formulada con la precipitación con que se llevó á cabo, quedó de tal suerte vaga que al plantearla forzosamente tenía que romperse.

Don Manuel Doblado, que en esa época desempeñaba el Ministerio de Relaciones, supo sacar partido de esa circunstancia, y con su habilidad indisputable, logró que los representantes entraran en completo desacuerdo, dando por resultado que la Inglaterra retirara sus buques y la poca guarnición que tenía en Veracruz, y el General Prim conociendo lo peligroso é inconveniente de la invasión se embarcara para la Habana con las tropas españolas.

La Francia quedaba sola, pero resuelta á llevar adelante la empresa. Celebróse no obstante un armisticio y se firmaron los tratados de la Soledad. Por esos tratados nuestro gobierno permitía á las tropas francesas penetrar hasta Orizaba, pues invocaron el pretexto de huir de la costa por el vómito que los dizmaba, y el de buscar un clima más benigno adonde ir á curar á sus enfermos, y aquellas por su parte se obligaban solemnemente á retroceder hasta afuera de las fortificaciones mexicanas, en caso de guerra.

Sin embargo, cuando la diplomacia fué impotente para arreglar las dificultades, las fuerzas francesas, burlándose de nuestra buena fé, que las colocó en posición tan ventajosa, dieron el escándalo de faltar á la palabra empeñada, quedándose en Orizaba.

La guerra comenzó entónces.

Las huestes de Napoleón III inauguraron lo que aquel llamaba *la obra más grande de su reinado* faltando á las leyes del honor.

El eco del cañon vino á repercutirse al lejano Estado de So-

V

Principian los sucesos de la Intervención.—Contingente de tropas sonorenses para la defensa de la Autonomía Nacional.—Insurrección del Mayo.—IncurSIONES de los bárbaros.—Los reaccionarios se hacen traidores.—Maximiliano pretende atraerse á Pesqueira.—Derrota de los traidores en Móvas y Nácori.—Confiscación de efectos al infidente Otero.—Desembarque de tropas francesas.—Desastre de La Pasión.—Pronunciamientos en favor del Imperio.—Lo que fueron los traidores.—Pesqueira sale del Estado.—Muerte del General Rosales.—Varios combates.—Abnegación de las tropas sonorenses.

HEMOS LLEGADO á esa época de transición en que la República habría sucumbido si no se hubiese opuesto entre ella y el abismo, su ilustre hijo el benemérito de las Américas Don Benito Juárez, que con el poder incontrastable de su génio, de su patriotismo abnegadísimo y de su fuerza de voluntad sin precedentes, la sostuviera con potente mano ante la espectación del mundo asombrado.

Las escuadras de Francia é Inglaterra surcaban todavía las aguas del Océano cuando la flotilla española atravesando el

nora, y mil valientes, divididos en dos secciones al mando de los Coroneles García Morales y Rafael Corella, fué el primer contingente con que Sonora concurrió á la defensa de la autonomía nacional.

Estas dos secciones se embarcaron en Guaymas en los meses de Junio y Julio de 1862.

Sonora, desangrado y empobrecido como lo tenían sus continuas revueltas intestinas, no quiso quedarse sin representación en el ejército de la República que se adelantaba á combatir.

La hidra de la traición asomó su cabeza de monstruo en el Mayo á la vez que por el Norte aparecía formidable una nueva irrupción de los bárbaros.

Don Federico Ronstadt, uno de los más fieles servidores del gobierno de Sonora, que á la sazón mandaba en Alamos, abrió la campaña contra los indios mayos, que instigados por los eternos enemigos del partido liberal, se rebelaban contra el gobierno en esa hora de suprema angustia. En varios combates sucesivos logró escarmentarlos y los pacificó artes de que la tea revolucionaria hubiese comunicado el incendio al yaqui, siempre dispuesto á lanzarse á la revuelta.

Pesqueira, entre tanto, dirije en la frontera las operaciones de la campaña contra los apaches. En poco tiempo los bate y los arroja afuera del territorio sonorenses, y se vuelve al centro del Estado para hacer de los sonorenses patriotas, soldados de la República.

Los reaccionarios comenzaron á prepararse sigilosamente y solo esperaban el momento oportuno para levantar la bandera de la rebelión. La escuadra francesa era esperada por momentos en nuestro puerto de Guaymas, y esto les daba mayores bríos. Para aquellos hombres ofuscados por el despecho, el patriotismo había muerto y se gozaban escarneciendo sus despojos. Por tanto, en vez de acallar las preocupaciones de partido, de calmar los rencores políticos y confundirse en estrecho abrazo para presentarse unidos á la defensa de la patria amenazada, desoyendo la voz del patriotismo y el grito de la conciencia, atropellando con todo, alucinados, frenéticos se lanza-

ron por la senda de la deshonra y de la infamia haciendo causa comun con los invasores.

El gobierno se ocupaba en la reorganización de la Guardia Nacional acumulando todos los elementos de defensa que sus recursos le permitían, cuando Sonora fué declarado en estado de sitio por un decreto del Presidente Juárez.

Al mismo tiempo recibió Pesqueira su nombramiento de Gobernador y Comandante Militar del Estado y su despacho de General de Brigada del ejército mexicano.

Conforme iban invadiendo el país los extranjeros, el Presidente Juárez se alejaba de los grandes centros de población y sus necesidades eran cada día más apremiantes.

El gobierno de Sonora, que así lo comprendía, le mandaba una gran parte de las rentas del Estado para el sostenimiento del poder Supremo de la Nación.

Entre tanto, Maximiliano, que había hecho su entrada oficial en México el 12 de Junio de 1864, comprendió muy luego que no era la Nación mexicana la que lo había aclamado Emperador y más tarde se cercioró de lo falso de su posición.

Entonces quiso atraer á su lado á los liberales y consiguió que se le unieran algunos jefes de importancia como Vidaurri y otros.

Con ese objeto mandó á Pesqueira una embajada; y en el mes de Noviembre de 1864, llegó á Guaymas, un buque francés trayendo á su bordo al embajador del archiduque, Mr. Paul Tourniel.

Tourniel desembarcó y tuvo con Pesqueira una larga y acalorada conferencia, de la que resultó que volviera á embarcarse llevando al austriaco la más elocuente y enérgica negativa.

Al fin llegó nuestra hora negra.

En el mes de Marzo de 1863, llegaron á Guaymas cuatro buques franceses de los que desembarcaron las fuerzas que mandaba el general Castagny.

La guarnición de la plaza, exígua en número, tuvo que evacuarla á la vista de los buques invasores; porque era materialmente impotente para resistir el empuje de la numerosa legión extranjera, y fué á acamparse á inmediaciones del puerto.

Una infinidad de familias abandonaron en masa la ciudad siguiendo á nuestras tropas y *los soldados del Imperio* se gozaron descargando sobre ellas su artillería.

Así saludaban aquellos extranjeros al pueblo que venían á dominar invocando los fueros de la civilización europea.

Sin embargo, los reaccionarios, incapaces de abrigar nobles y generosos sentimientos, se agruparon á la sombra de la bandera imperial; se identificaron con los extranjeros y fueron más crueles que ellos.

Esto dió lugar á que se generalizara la especie de que Sonora era un país de traidores.

Aseveración la más injusta; pues si lamentablemente es verdad que fueron traidores los enemigos de la Reforma, aquellos á quienes el clero había inculcado las ideas monarquistas, no es menos cierto que los liberales, que forman la mayoría del pueblo sonoreño, se mantuvieron fieles á la República y ofrecieron su sangre en aras de la patria.

Esa aseveración era desmentida á cada momento hasta por los hombres más pacíficos, que nunca temieron expresar sus ideas abiertamente, ni manifestar la indignación que les causaba la presencia de los invasores.

Una prueba.

Don Matías Alzúa, persona distinguida por su ilustración, y uno de los comerciantes más fuertes y acreditados de aquella época, se hallaba en Guaymas, centro principal de sus negocios, cuando desembarcaron los franceses en el puerto. El Sr. Alzúa se encontró, pues, bajo la férula del invasor, y tuvo que admitir en su casa á dos oficiales cuyo alojamiento le impusieron. Hostigado con la presencia de aquellos, se retiró al mineral de Los Bronces, donde mantenía una importante negociación minera.

Un compatriota nuestro, muy apreciable por su ilustración, patriotismo y bellas prendas personales, haciendo reminiscencias de los episodios de la guerra de intervención ha dicho del Sr. Alzúa:

“Tenía yo que tratar con los señores Don Matías Alzúa y Don Fernando Cubillas un asunto de bastante interés, y con

ese motivo, ya de noche, pasé á la sala donde esos señores tomaban su té. Entre las personas que los acompañaban figuraba un sacerdote francés, el cual refiriéndose, en el hilo de la conversación allí sostenida, á las dotes que distinguían al príncipe Maximiliano, se permitió decir que el Imperio era ya un hecho en México; que prometía positivos adelantos al país; que Maximiliano, firme en sus propósitos de dar á su gobierno la mayor respetabilidad, había sabido rodearse de los hombres más distinguidos, por su ilustración y patriotismo, de la misma manera que María Carlota de las damas más caracterizadas y virtuosas, y que para las elevadas miras del emperador, los ministros de Francia en México, de antemano, todo lo habían preparado sabiamente.

—¿Qué dice usted?—le interrumpió el Sr. Alzúa no pudiendo ya contener su indignación por más tiempo—dice usted que el Imperio es un hecho en México? Todavía por diversas partes de la República, de la República, entiéndalo usted bien, hay fuerzas respetables, mandadas por mexicanos de corazón, patriotas y valientes, de tal manera, y esto es un hecho que está en la conciencia de los mismos invasores, que los franceses no son dueños más que del terreno que pisan transitoriamente. Con respecto á que Maximiliano se encuentre rodeado de los hombres más prominentes del país, le diré á usted para su gobierno, que son los mismos que en la administración de Santa Anna alcanzaron puestos elevados traficando con el honor de sus mujeres y esas damas *virtuosísimas* como dice usted, que rodean á la orgullosa Carlota, son las esposas de aquellos malos mexicanos que usted llama los más distinguidos. A esos hombres se les puede tener solo como á los libros viejos de las bibliotecas: para de vez en cuando sacudirles el polvo. Ahora por lo que concierne á los ministros de Francia en México, sepa usted que Napoleón ha tenido el tacto más exquisito para hacerse representar en este país por los hombres más ineptos, intrigantes y corrompidos; y puedo, si usted lo desea, señalárselos por sus nombres y por sus hechos punibles; pero al tratarse de la injusticia que comete con nosotros el Emperador de los franceses, se quiere, por los partidarios del ab-

solutisimo, hacerla aparecer como una medida de la más alta política de S. M. tan solo porque se llama Napoleón III.”

Escenas como esta se presenciaban frecuentemente en todas partes del Estado, y ellas desmintieron de una manera elocuentísima la aseveración injusta de que Sonora *era un país de traidores*; por el contrario, en la hora de prueba, se vió que está apartada región de la República, fué el núcleo de patriotas que sin vacilaciones de ningun género llevaron al altar de la patria atribulada la ofrenda de sus vidas y de sus intereses.

En Febrero de 1865, una facción de traidores capitaneada por el cabecilla Arvallo, fué destrozada por nuestras fuerzas al mando del Mayor de órdenes de las Brigadas Unidas de Sonora y Sinaloa Don Berardo Zúñiga á inmediaciones del pueblo de Móvas. El Jefe de esa sección de infidentes, era Pio Quinto Griego que amagaba con una pequeña fuerza al mineral de Los Bronces cuando recibió la noticia del desastre de Móvas y tuvo que retirarse, al saber que el Mayor Zúñiga se acercaba á aquel punto. En efecto, ese Jefe republicano, cuya energía y actividad le recomendaban altamente, llegó á poco con ochenta hombres de caballería en la mejor condición.

Era por ese tiempo, accidentalmente Comandante en Jefe de línea Don Francisco G. Heras, persona de recomendables antecedentes, patriota sin tacha y liberal de sólidas convicciones.

Así es que á la llegada del Mayor Zúñiga á Los Bronces, despues de conferenciar con el ilustrado y patriota ciudadano Don Fernando Cubillas, presentó al Sr. Heras las instrucciones que para la prosecución de la campaña había recibido del Cuartel General en Alamos.

En el momento le fueron suministrados á Zúñiga los recursos necesarios para que continuara su marcha sobre los pueblos de Mazatán, Nácori y Mátape, donde merodeaban las fuerzas traidoras.

Logró alcanzar á una de estas gavillas en Nácori y la batió en las calles, haciéndole un buen número de muertos y heridos y obligándola á retirarse en completa dispersión.

Pocos dias despues regresó Zúñiga á Los Bronces y entregó á Heras una orden del General Correa para que recogiera una

cantidad de efectos como \$10,000.00, que un sugeto Otero, traidor de Alamos, secretamente había depositado en la Hacienda de Los Bronces. El mismo General autorizaba al Comandante Accidental de Los Bronces, para que con el producto de los mencionados efectos atendiera á las necesidades de la Campaña. Heras, de acuerdo con Zúñiga, dió orden para que dichos efectos quedaran en el mismo depósito á su inmediata disposición.

Zúñiga continuó la campaña y su guerrilla no dió un momento de tregua á los imperialistas, á quienes no dejó permanecer un dia completo en ninguno de los pueblos del rio, pues apenas llegaban á alguna parte, cuando él caía sobre ellos obligándolos á abandonar el campo con grandes pérdidas para los infidentes.

Sostenía la lucha de esa manera aquel valeroso soldado de la República, cuando en el mes de Marzo recibió una carta del General Pesqueira fechada en Sahuaripa anunciándole su próximo arribo á Los Bronces, y á poco por extraordinario recibió otra comunicación de San Antonio de la Huerta á donde había ya llegado el Jefe del Estado. Inmediatamente se dirigió á Los Bronces á donde llegó á las 11:30 de la noche del 27 al 28 de Marzo y á esa misma hora conferenció con Heras, prosiguiendo su marcha inmediatamente para San Antonio de la Huerta á incorporarse con el General Pesqueira.

Antes de partir Heras le dijo que participara á Pesqueira que hasta esa hora no había habido necesidad de tocar los diez mil pesos de efectos confiscados al infidente Otero y que estaban intactos para que dispusiera de ellos de la manera que creyera más conveniente.

El 30 de Marzo entró Pesqueira á Los Bronces con su pequeña fuerza ya reforzada con la que mandaba Zúñiga.

El Jefe del Estado llegó á aquel mineral bastante enfermo y muy preparado contra Don Fernando Cubillas de quien se le había informado que traicionaba á la causa de la República, pero el Sr. Cubillas con su talento indisputable y su valor á toda prueba, pudo conjurar la tempestad que se sernía sobre su cabeza. Formó parte de la Comisión que de Los Bronces

salió á recibir al General Pesqueira y saludó al Jefe del Estado vitoriando á la República. Luego tuvo una larga conferencia con Pesqueira de donde resultó que desvanecidas las dudas que de él se tuvieron volvió á tener un alto puesto en la estimación del caudillo sonorenses. El Sr. Cubillas en lo privado había prestado grandes servicios á la causa de la República y siguió prestándolos durante la guerra de la intervención. Al frente de una negociacion minera importantísima donde asumía graves responsabilidades no podía humanamente tomar las armas pero su talento, su prestigio y su bolsa estuvieron siempre á la disposición del Gobierno legítimo. El Sr. Cubillas durante la guerra de intervención fué una de nuestras figuras más genuinamente simpáticas y cuyo nombre debiera ocupar en la historia lugar distinguidísimo.

Apénas hubo llegado el General Pesqueira á Los Bronces, cuando Heras comisionó oficialmente á Don Gregorio Achúrra empleado honradísimo de la Compañía Minera de aquel lugar, para que inventariara los efectos confiscados á Otero é hiciera formal entrega de ellos á Don Federico Ronstadt, que iba al lado de Pesqueira fungiendo de Jefe de Hacienda del Estado.

Pesqueira organizó algunas fuerzas en Los Bronces y salió de allí el 1.º de Abril del mismo año de 1865. Le acompañaban el Lic. Don Domingo Elías Gonzalez, como su Secretario de Estado y la mayor parte de los miembros de la familia Corella como oficiales de su pequeña fuerza.

El Comandante Accidental Don Francisco G. Heras, no bien hubo sabido la llegada de la escuadrilla francesa á Guaymas, cuando se puso á organizar fuerzas para concurrir á la defensa de la causa nacional.

Era Presidente Interino del municipio de Los Bronces D. Antonio Araiza en virtud de una licencia de que gozaba el Presidente Don Miguel A. Loustaunau en quien el Sr. Heras tenía plena confianza por su decisión y patriotismo. Así es que para llevar á feliz término la empresa que se proponía lo necesitaba al frente de la corporación municipal y sin vacilaciones de nin-

guna especie mandó al Presidente Interino la comunicacion siguiente el 6 de Abril de 1865:

“Comandante en Jefe de la línea.—En virtud de las circunstancias en que actualmente se encuentra el Estado, y amagados tambien, por otra parte, los pueblos, por guerrillas que se levantan á la sombra del llamado Imperio, cuya existencia será efimera, me ha parecido de la más urgente necesidad que los miembros del ayuntamiento de este mineral estén todos reunidos, á cuyo fin el mismo cuerpo se servirá retirar la licencia que tiene concedida al Presidente Municipal á fin de que esta autoridad vuelva á tomar su lugar en las deliberaciones que desde el principio provoque esta Comandancia.

“Es lo que me ha parecido comunicar á usted para que se sirva disponerlo desde hoy.

“Independencia y Libertad.—Los Bronces, Abril 6 de 1865.—El Comandante Accidental.—*F. G. Heras.*—Al C.º Antonio Araiza.”

El mismo dia tomó posesion de la presidencia Don Miguel A. Loustaunau y dos dias despues puso á disposicion de la Comandancia un contingente de sesenta y nueve hombres, con los que el mismo dia salió el Sr. Heras para Tecoripa, llevando en un carro dos piezas de artillería desmontadas y treinta barricas de pólvora.

Tan luego como llegó á Tecoripa, su primer cuidado fué montar las dos piezas de artillería. Al efecto trató de comprar un carro usado á un comerciante italiano del lugar, pero éste tuvo el desprendimiento de regalarlo para el servicio de la causa nacional, y un artesano llamado Gabriel Encinas montó las piezas gratuitamente tambien. Con una actividad propia de las circunstancias en dos dias que el Sr. Heras permaneci6 en Tecoripa organizó una fuerza que con la que llevaba pasaba de 300 plazas; cuya fuerza fué puesta á las órdenes de los Comandantes Samaniego y Sanchez Molina con orden de marchar inmediatamente á La Pasión donde estaba el Jefe del Estado.

Nuestro campamento de la Pasión era el punto de reunion de todos los hombres del Estado; allí se habían dado cita los sonorenses para engrosar las filas republicanas; llegaron hom-

bres de todas partes y de todas las clases sociales, que en muy corto tiempo formaron una fuerza de más de tres mil hombres bien armados. Varias veces nuestras tropas desafiaron á las huestes franco-traidoras á una batalla campal, pero su reto quedó siempre sin aceptación.

Pesqueira recibió en ese tiempo órdenes terminantes del Presidente Juárez de no comprometer ningún lance decisivo con el enemigo y que se concretara á hostilizarlo en guerrillas.

En vista de estas órdenes, que era necesario acatar, Perqueira creyó prudente retirarse más del enemigo y ya se disponía á abandonar el campo para situarse cerca de Hermosillo cuando ocurrió *el desastre de La Pasión*.

Con ese suceso tan lamentable para las armas republicanas Pesqueira perdió mucho de su prestigio hasta entonces justamente adquirido.

Fué comentado ese acontecimiento de diversas maneras, pero ninguna favorable al mandatario de Sonora.

El pueblo estaba perplejo y no hallaba la explicación de la derrota de más de tres mil hombres sin combatir.

Sin embargo, con el trascurso del tiempo, cuando Quiroga hizo la apología de Pesqueira en su *Corona Eúnebre* lo disculpa en el siguiente relato:

“Precisamente en la mañana del 22 de Abril de 1865, nuestras tropas se ponían en movimiento para emprender la retirada, cuando de improviso penetra al campo de La Pasión, la caballería avanzada del Comandante Don Francisco Arvizu, inmediatamente seguida de los cazadores de Africa, los cuales venían apoyados por una columna de infantería al mando del coronel Garnier. El tumulto y el estrépito que causara la inesperada invasión de estas fuerzas, produjo gran alarma y trastorno en nuestro campo, y aunque los cazadores retrocedieron tan violentamente como entraron, no fué posible restablecer de momento el orden entre la inquieta y revuelta multitud. Calmados los ánimos y reorganizadas las tropas, pudo esperarse al enemigo para librar la batalla, pero con esto, dejaban de obsequiarse las órdenes recibidas, de no comprometer lance decisivo; y sobre todo en aquella ocasión desgraciadísi-

ma se corría inminente peligro de una derrota, tanto más lamentable cuanto que era seguro el sacrificio de muchas vidas de lo más escogido de nuestras clases sociales. Fué, pues, forzoso abandonar aquel sitio y en el mejor orden posible nuestras tropas se retiraron al inmediato rancho de La Puente. Sobre la penosa marcha muchos se desbandaban so pretexto de buscar agua que creían encontrar en los cajones de la sierra, pero llevando en realidad el proyecto de abandonar, quizá para siempre la bandera de la República. En el Pozo de Bustamante algunas tropas del contingente alameño, aprovechando la primera oportunidad, y con su jefe Victoriano Ortiz, dan el triste ejemplo de una deserción en cuerpo; pero con todo, cuatro días despues de haber emprendido la retirada de La Pasión, nuestra fuerza entró á Hermosillo en número de dos mil hombres, entre los cuales ciertamente se encontraban muchas personas que acostumbradas á las comodidades de la vida, no podían seguir las peripecias de la guerra ni soportar las fatigas de la campaña.

“Nos hemos detenido en el anterior relato, porque se ha pretendido desfigurar de mil maneras el suceso de La Pasión haciendo recaer toda la responsabilidad del hecho sobre el jefe de aquellos bisoños soldados. Fielmente narramos lo acontecido, y lo acontecido no era nuevo, ni lo primero que tuvo lugar en la República, durante aquella época tan fucunda en desgracias y defecciones para la causa nacional.”

Este suceso, como era natural, disgustó mucho á Juárez y muy particularmente á su ministro Don Sebastian Lerdo de Tejada.

El Supremo Gobierno, comenzó, en consecuencia, á mirar á Pesqueira con desconfianza, y en las altas regiones del poder se levantaba una nube sobre la cabeza del mandatario de Sonora; pero éste que fué afortunado hasta en los momentos de su muerte política, tuvo de su parte su buena estrella que no lo abandonó en aquella situación difícil y comprometida.

Don José Maria Verdugo, persona muy recomendable de la ciudad de Alamos, que se hallaba en el Saltillo, donde en ese tiempo residían los poderes de la Nación, le escribió á Pesquei-